

Zedillo y la educación: rendido ante la Maestra

Arturo Cano*

Como secretario de Educación le tenía miedo; como candidato la necesitó; como presidente, Ernesto Zedillo despreciaba a la profesora Elba Esther Gordillo, pero nunca pudo vencerla.

Cuando Ernesto Zedillo llegó a ser secretario de Educación Pública, Elba Esther Gordillo tenía apenas un año como dirigente del SNTE; en 2012 cumple 22.

Más tardó Zedillo en ocupar la silla, que en confiar a sus visitantes mientras miraba hacia la salida de su oficina: “No sé qué pasa con mis órdenes cuando salen por esa puerta”. Zedillo se refería a la pesada burocracia de la dependencia más voluminosa del gobierno federal y al papel clave que en su control desempeña el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE).

Aunque no tenía idea de lo que sucedía con sus órdenes, Zedillo emprendió lo que su brazo derecho, Esteban Moctezuma Barragán, denomina “la tarea administrativa más grande de

la historia”: la descentralización del sistema educativo.

Con el correr de los años, Moctezuma fue el más importante entre “los hombres del presidente” y secretario de Gobernación. Tras el triunfo de Vicente Fox, Elba Esther Gordillo le dio empleo en uno de los aparatos que el SNTE usa para lavarse la cara, y a principios de 2012 se le mencionó como posible candidato presidencial del Partido Nueva Alianza, creado y manejado por la profesora. No hay sorpresa. Moctezuma es uno de los “tres amores” de Elba Esther, en una lista que completan Jorge G. Castañeda y Marcelo Ebrard.

La tensa relación entre Zedillo y Elba Esther, que se extiende a la Presidencia del primero, dejó esa huella personal, pero también sentó las bases del crecimiento de la capacidad de control del SNTE sobre

el aparato educativo nacional, que habría de consolidarse en los dos sexenios del PAN.

Un funcionario de la SEP que conoció de primera mano esa etapa de la Secretaría de Educación dice, a toro pasado, que “la tarea administrativa más grande de la historia” fue un proceso “caótico, desorganizado e inconcluso, pues no permitió que las entidades asumieran las responsabilidades que les tocaban, ni creó mecanismos de seguimiento sobre temas laborales ni sobre los fondos destinados a los estados”.

El nombramiento del académico Olac Fuentes Molinar al frente de la Subsecretaría de Educación Básica, opina el mismo ex funcionario, disminuyó pero no eliminó los daños, pues al menos “en la parte propiamente académica, en la reforma, el sindicato no mete la mano”.

* Periodista de *La Jornada*.

Otro gallo cantó en lo que hace a la “parte operativa del sistema”, pues la firma del Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica (ANMEB), en 1992, incrementó la injerencia del SNTE en decisiones formalmente reservadas a la autoridad educativa. La Carrera Magisterial y otros mecanismos creados en esa etapa pasaron por la aprobación sindical. Así, la descentralización educativa, que Salinas y Zedillo vendieron como la solución a todos los males, fortaleció el control de la estructura sindical en las dependencias estatales que recibieron las funciones de la Federación.

Manuel Camacho y otros miembros del gabinete de Carlos Salinas lograron incluir un “transitorio” en la nueva ley de Educación, contra la postura de Arsenio Farell y Pedro Aspe —entre otros—, quienes creían llegada la hora de desaparecer al SNTE y sustituirlo por 32 sindicatos estatales.

En el congreso de 1992 —el único que el SNTE ha celebrado en la ciudad de México—, Elba Esther dice frente a Zedillo: “Nadie puede sostener que exista contradicción entre sindicatos fuertes, nacionales, propositivos, autónomos y combativos, y las nuevas políticas que se instrumentan para la modernización y desarrollo del país”.

El célebre artículo “transitorio” garantiza al SNTE la titularidad de las relaciones de trabajo, y así permite a Elba Esther Gordillo y su grupo ser el único gremio del país que negocia por partida doble o, más bien, que tiene una negociación con el gobierno federal y una con cada gobierno estatal (la excepción es el Distrito Federal, que espera la transferencia de los servicios educativos desde hace 19 años), lo que hace treinta y dos negociaciones anuales.

El poder que cada sección adquiere depende de la fuerza de los gobernadores y de su propia historia, pero algunos avances del SNTE son parejos. “Con Zedillo se instala la práctica de pedir la venia del sindicato para los nombramientos de todo tipo de funcionarios educativos, algo que con los gobiernos del PAN cobra más fuerza”, dice una funcionaria estatal que hacía sus pininos en aquellos años.

La misma funcionaria juzga que las batallas entre Gordillo y Zedillo “no fueron brutales; ella se lo comió sigilosamente”.

“Es más fácil quitar al secretario de Educación”

El secretario Ernesto Zedillo detestaba a la profesora. Sus pleitos en torno a la carrera magisterial, la homologación salarial y los cambios aparejados a la descentralización del sistema educativo fueron permanentes.

Elba Esther se quejaba continuamente con Carlos Salinas, quien la remitía con Fernando Gutiérrez Barrios. Una vez agotados sus argumentos, Gordillo lloró frente al secretario de Gobernación.

A mitad de sexenio, tras uno de los pleitos, el zorro veracruzano llamó a Zedillo a su despacho, y con sus formas entre suaves y terminantes le pide que se arregle con la lideresa. “Para el presidente es más fácil quitar al secretario de Educación que a la líder del sindicato, entiéndase con ella”. Zedillo tomó un avión con rumbo a Hermosillo para entrevistarse con Manlio Fabio Beltrones. “¿Qué me quiso decir don Fernando?”, preguntó desesperado. Colaborador eterno de Gutiérrez Barrios, Beltrones tranquilizó al secretario: “No es cosa de él, es un mensaje que te manda el presidente”. Zedillo apechuga. Tan se entendió con ella, que su colaborador más cercano, Moctezuma, terminó en la lista de colaboradores de lujo de la Maestra.

Cuando Zedillo gritó doce vivas al SNTE

Ernesto Zedillo no los vio. “Nos tuvimos que esconder para que la Maestra tuviera una reelección sin tropiezos en la capital del país”, contaba, todavía algo divertido, años más tarde, Ignacio Marván, del equipo de Manuel Camacho Solís, regente del Departamento del Distrito Federal.

Era febrero de 1992 y en el congreso del SNTE se acordó la “ampliación del mandato” de Gordillo, la primera de una infinidad.

El secretario de Educación Ernesto Zedillo renegaba del papel de Camacho en su área. Por eso se escondieron los camachistas que desde meses atrás trabajaban en la organización del congreso magisterial y los nuevos estatutos del gremio.

Fue el congreso de los escondites. En los palcos ocultos del Auditorio Nacional dos equipos seguían el congreso. En uno, la profesora Gordillo con algunos colaboradores que iban y venían. En el otro, el equipo de apoyo camachista: Marcelo Ebrard Casaubon, Ignacio Marván, Joel Ortega Cuevas y José Antonio Ávila.

La clausura corrió por cuenta de Ernesto Zedillo, quien con un discurso de lugares comunes invocó el legado de José Vasconcelos y terminó con vivas al sindicato. A su lado, Gordillo, ya entonces su enemiga, estaba radiante de felicidad. Gritaron juntos las siglas del SNTE. Doce veces.

La mano de Liébano

Humberto Dávila Esquivel fue el elegido por Elba Esther Gordillo para que le cuidara el changarro. A comienzos

de 1995, los hombres del presidente Zedillo susurraban a los oídos del sucesor, quien se la creyó y presumía por doquier: “Yo sólo necesito un voto, el del presidente de la República”.

Poseedor de un profundo desprecio hacia la líder sindical y hacia muchos de sus compañeros de partido, Zedillo se desentendió del SNTE y dejó que Gordillo operara su propia sucesión.

En la dirección nacional del SNTE los elbistas puros fueron arrinconados, mientras los viejos cuadros de la Vanguardia Revolucionaria de Carlos Jonguitud se frotaron las manos y acuñaron su consigna: “Di no a los líderes vitalicios”.

Gordillo, sin embargo, siguió al mando y además compró seguros de vida: en el nuevo comité nacional de 40 miembros, sólo hubo 10 repetidores. Poco más de la mitad eran ex secretarios seccionales que cumplieron sus periodos ya en tiempos de Elba Esther.

Humberto Dávila, entonces secretario general, y sus seguidores hicieron cuentas alegres no sólo porque hubo dirigentes estatales que se declararon dispuestos a seguirles en un golpe contra Gordillo, sino porque en su ADN de sindicalistas charros estaba grabado que sólo había alguien por encima de la lideresa: el presidente de la República.

La idea de un SNTE sin Elba Esther venía de aliados poderosos. “Cuando acumula poder, Liébano Sáenz intenta desestabilizar al SNTE, usa a Adolfo Orive y a otro personaje que trabaja entonces como coordinador de análisis en la presidencia”, dice pasado el trance uno de los asesores de mayor confianza de la Maestra. Y completa: “A Liébano no lo respetaba, se lo brincaba”.

Además de Liébano, el secretario general del SNTE contaba con José Antonio González Fernández, entonces presidente nacional del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Ambos le aseguraron tener la venia presidencial para desplazar a Gordillo y ofrecieron recursos a través del secretario de Educación, Miguel Limón Rojas.

Engallados, se dieron el lujo de abrir las bocas. En septiembre de 1996, en Los Pinos y frente al presidente Ernesto Zedillo, el sonoreense José Guadalupe Montaña, a nombre de los davilistas, dijo: “El tiempo de los líderes vitalicios ha concluido”. Demasiados “hombres del presidente” para tan magros resultados.

Al terminar su gestión, Humberto Dávila fue echado al olvido. Pide perdón y vuelve unos años más tarde a un cargo menor, olvidado por Zedillo y por todos.

A principios de este 2012, su nombre fue mencionado en una lista de “conspiradores” que presuntamente se

reunían en la residencia de playa de Rafael Ochoa Guzmán, también ex secretario general del SNTE. La lista incluyó a Miguel Ángel Yunes y Tomás Vázquez Vigil. Todos negaron haber asistido.

Zedillo y Elba marchan juntos

Tras el estallido zapatista, y ya en plena campaña electoral, Gordillo organizó una “marcha blanca” que, a los ojos del candidato Luis Donald Colosio, era una manera de apoyar la especie de que Manuel Camacho, comisionado para la paz en Chiapas, estaba listo para que el PRI cambiara jinete a mitad del río. Aunque Colosio halló la manera de manifestar su rechazo a las acciones de la Maestra, ella culpó por el desprecio al coordinador de la campaña, Ernesto Zedillo.

Guerrera del viejo sistema, Elba Esther Gordillo, paradójicamente, hizo de la paz su bandera en dos ocasiones. Con su “movilización blanca” en 1994 y, seis años más tarde, cuando su asesor y primo lejano, Octavio Gordillo, y otros la convencieron de fundar la sección mexicana del Consejo Mundial de la Paz.

Pero con Zedillo era la guerra. El 7 de febrero de 1994, casi un millar de profesores acudió al Portal del Sol, un centro de convenciones del SNTE, ubicado en una barranca en Contadero, para sostener un diálogo con Colosio. Cuando estaba por llegar, su avanzada le informa que en el estrado no hay espacio para Zedillo. “No me hago cargo de la reacción de los maestros”, dice la Maestra cuando le pidieron incluirlo. Durante su discurso, Gordillo miraba fijamente al ex titular de la SEP: “El país ahora es socio comercial de Estados Unidos y Canadá, pero hay una materia en la que todavía no alcanzamos los estándares internacionales: la educación”.

Un mes y días más tarde asesinaron a Colosio y el coordinador de la campaña fue ungido como candidato sustituto.

En junio, a pocas semanas de los comicios, Zedillo participó en una caminata del Auditorio Nacional al Altar a la Patria, organizada por Mujeres en Acción por México, las mujeres de blanco de Elba Esther Gordillo. El candidato terminó su arenga repitiendo tres veces el grito: “¡Queremos paz!”. Este acontecimiento fue más la estrategia del “voto del miedo” que un guiño a la Maestra, quien prácticamente fue ignorada el resto de la contienda, por lo que pasó al bando de los que asociaban la transición mexicana a la indispensable derrota del PRI, idea que cobra forma en el Grupo San Ángel.

La llamada inesperada

Candidato a la muerte de Colosio y presidente gracias a una “elección inequitativa”, Zedillo nombró secretario de Educación a Miguel Limón, a quienes algunos consideraban como un antiguo enemigo de Elba.

El contrapeso fue Esteban Moctezuma, poderoso aliado de Elba Esther, quien fue nombrado secretario de Gobernación, aunque duró en el cargo menos de dos años. Su reemplazo, Emilio Chuayffet, era, y probablemente sigue siendo, enemigo de Elba Esther, pues fue pieza clave, tiempo más tarde, en la salida de la profesora del PRI.

Los choques con el presidente tuvieron un desenlace crucial en marzo de 1998, cuando Gordillo eligió la ciudad de Mérida para realizar el Congreso nacional del SNTE. Sus operadores envenenaron al prospecto opositor; retuvieron al secretario particular de Dávila y los conspiradores recibieron copia de los expedientes de espionaje sobre sus actividades y cuentas que la profesora guardaba.

Acto seguido, la Maestra llamó a Los Pinos. “Le voy a pasar al nuevo secretario general del SNTE”, le dice al presidente Ernesto Zedillo, quien del otro lado de la línea escuchó a Tomás Vázquez Vigil, el elegido de la Maestra, quien ni siquiera hacía parte del Comité Nacional y que incluso tuvo problemas para hacerse elegir delegado al congreso en su natal Jalisco. A la hora de la llamada, los delegados al congreso ni siquiera sabían que ya lo habían elegido, pero la planilla que encabezaba Vázquez Vigil se llevó más del 90% de los votos.

“Lo importante es que el sindicato tenga una habilidad permanente. No tenemos prejuicios para nadie”, dijo el ungido en sus primeras declaraciones.

En los tres años siguientes, nada se movió en el SNTE sin que lo ordenara la Maestra.

Interpretando al presidente

Un mes antes de las elecciones presidenciales de 2000, Elba Esther Gordillo analizaba con sus asesores las señales y decidió que el presidente Zedillo quería que el PRI fuese derrotado. “Nos vamos con el candidato que más nos conviene”, sentenció.

Ya para entonces lleva algunas semanas en retirada de la campaña de Francisco Labastida Ochoa, a la que había entrado vía su hija mayor, Maricruz Montelongo, encargada del programa Mujeres en Acción.

A cambio de ese lugar para su heredera, la Maestra ofreció “tapar los huecos” en la estructura electoral con el

ejército de maestros que integran la Organización Nacional de Observadores Electorales del Magisterio (ONOE). Inculcada en el SNTE desde 1993, esa organización da cobertura a la maquinaria electoral que Elba Esther pone al servicio de los gobernadores, sin distinciones partidistas.

En ese entonces, el equipo de campaña de Vicente Fox comenzó sus acercamientos con la Maestra, con el apoyo interno de Jorge G. Castañeda.

En la víspera del debate entre los candidatos presidenciales, Marcos Bucio, asesor de Labastida, puso al descubierto el doble juego del SNTE y la denuncia contaminó las discusiones en el cuarto de guerra priista. Esteban Moctezuma defendió a la Maestra y ésta fue su última tarea como coordinador general de la campaña, porque a partir de entonces lo suplió Emilio Gamboa. En esos días, Gordillo llegó a decir a sus amigos que si ganaba Labastida, estarían en riesgo su seguridad personal, sus intereses y el SNTE.

Elba Esther comenzó a trabajar soterradamente para Fox a mediados de la campaña. Inicialmente, le ofreció artículos utilitarios –bolsas, playeras, gorros y pasacalles– que se imprimían en la editorial “Benito Juárez”, propiedad del sindicato magisterial. Las órdenes de impresión se dirigían a Manuel Reyes Alharaca, ex chofer de Gordillo y gerente de una imprenta que lo que menos imprime son libros.

Las evidencias de que el SNTE simultáneamente financiaba las campañas de Fox y Labastida no están en las cuentas fiscalizadas por el Instituto Federal Electoral (IFE) y son pocas; como el memorándum 2323, del 8 de mayo de 2000, que autoriza la impresión de un millón de trípticos para Labastida Ochoa, firmado por el entonces suboficial mayor del SNTE, Jesús Ixta Serna.

El discurso incómodo

El 7 de octubre de 1998, el Senado entregó, post-mórtem, la medalla “Belisario Domínguez” al panista José Ángel Conchello. El presidente Zedillo encabezó la ceremonia en el patio de la casona de Xicoténcatl.

El discurso a nombre del PRI fue pronunciado por la senadora Elba Esther Gordillo: “Millones de mexicanos viven en la pobreza y en la pobreza extrema, sin acceso cabal a los servicios de salud, seguridad social y educación, con salarios insuficientes; en una situación que compromete las esperanzas de niños y jóvenes, los sueños de hombres y mujeres maduros, el destino de nuestros viejos. No hemos saldado cuentas con el pasado. Al final del siglo aún no hemos terminado de construir el orden democrático ni la vigencia plena de las garantías por las que luchó la

generación de Madero, Belisario Domínguez, Zapata y los constitucionalistas del 17”.

Sigue, mientras todos levantaban las cejas: “La disciplina y la lealtad se conjugaron de formas diferentes en estos tiempos; ya no puede cancelarse la saludable discrepancia ni en el conflicto democrático entre poderes, ni siquiera al interior de los partidos representados en el Senado cuando está en juego el destino de la nación. La sociedad pide rendición de cuentas y exige nuevas formas, actitudes y maneras de hacer política”.

Tres semanas después, concedió una entrevista a *La Jornada* en la que se vio obligada a explicar sus críticas: “¿Por qué el discurso en el Senado? Porque creo en lo que ha estado diciendo el presidente. Porque estoy convencida de que es demócrata y republicano. Entonces, hay que actuar en consecuencia. Él puede tener opinión, discutir con el PRI, reflexionar el partido que quiere con el PRI, lo que no se daría en esquemas tradicionales de un partido que pareciera más la gerencia de administración del gobierno”.

A la distancia, ella explica que su denuncia fue “un acto de congruencia política”, pero que nunca imaginó el costo que pagaría. Porque en este punto en el círculo íntimo de la profesora se ligó ese discurso al secuestro de su nieto, René Fujiwara Montelongo, hoy líder juvenil del Partido Nueva Alianza. Un episodio que terminó con la intervención de Los Pinos.

El problema “no es con esta señora”

Al finalizar el sexenio de Zedillo, Elba Esther vivió una luna de miel con Los Pinos, gracias a su cercanía con Marta Sahagún. Luego, pactó con Felipe Calderón.

Desde la cúspide de su poder, ni siquiera estuvo presente cuando en una sesión del Consejo Nacional del SNTE se aprobó la continuación de su mandato por tiempo indefinido.

El 5 de julio del 2007, Rafael Ochoa Guzmán, secretario ejecutivo del SNTE, habló a nombre de la Maestra frente a todos los líderes nacionales. La reunión era cerrada pero se conoce una versión de lo dicho gracias a un video filtrado a este escritor.

Dos semanas antes, en Los Pinos, el SNTE presentó su propuesta educativa, resultado del IV Congreso Nacional de Educación, y ése fue el tema de la reunión durante un rato. Al hablar de la importancia del asunto, el secretario ejecutivo no dejó títere con cabeza.

Le llovió a la secretaria Josefina Vázquez Mota, ahora candidata del PAN a la Presidencia: los líderes magisteriales,

dijo Ochoa, no tienen atole en las venas “para seguir soportando permanentemente las descalificaciones, las diatribas, los insultos, los golpeteos por encargo que se tejen desde allá, desde la SEP”. Claro que “los pleitos con los funcionarios no son cosa de esta señora” (Vázquez Mota), quien estaba pensando, según el profesor, “aguantar unos meses para el relevo” de la dirigencia sindical, para negociar con los que siguieran.

Al SNTE, decía Ochoa, le ha ido igual con salinistas, foxistas, con todos. “Lo hemos vivido con gobiernos priistas, con panistas, y en los estados con gobiernos perredistas. Todos son iguales cuando llegan al poder. Nadie le ha entregado al SNTE nada de manera espontánea. Nadie nos ha dado nada”.

La propuesta educativa del sindicato, en ese sentido, no es más que “un mensaje para que entiendan que nosotros no vamos a claudicar. Ya basta. Tenemos que darle la cara porque ya basta de estas gentes que pegan por encargo”.

Y se despachó contra todos. De Miguel Limón Rojas dijo: “Desgració al sistema educativo y en el sexenio pasado asesoró y cobró en la SEP”. Y también contra los ex funcionarios “Gilberto Guevara Niebla, Olac Fuentes Molinar, Lorenzo Gómez Morín, quien no hizo más negocios y estar fastidiando al gremio. Nos atacan por lo regular por la espalda. Estos son nuestros críticos, que nos pegan por encargo y trabajan para la Secretaría de Educación”.

Faltaban años para que un escándalo armado por Miguel Ángel Yunes develara los entretelones del pacto de Gordillo con Calderón. Pero ya desde entonces Ochoa decía: “La relación nuestra con el Ejecutivo no es vergonzante ni hoy con Calderón ni ayer con Fox ni con nadie en el pasado... con nadie hemos ido a vender la institución, por lo que se vivió con Salinas, por lo que se vivió con Zedillo...”.

Casi cinco años después, el PRI rompió la alianza con el partido de la profesora. El sábado 21 de enero, un día después de la ruptura, Elba Esther Gordillo ya tenía reunidos a todos los secretarios generales de las secciones del SNTE en la Biblioteca Nacional de Educación.

Todos habían dejado los teléfonos celulares en la puerta. Elba Esther habló largo y tendido de sus pleitos con todos. Se arrancó con Roberto Madrazo y se detuvo en Zedillo. Luego, ofreció su nombre “como operadora, como candidata”: “¡Yo lo pongo!”, gritó. Todos los líderes se pusieron de pie y la ovacionaron. La tarde cerró con el coro: “¡SNTE, SNTE!”. Pero ya no estaba Zedillo para repetirlo doce veces.